

¿Qué hacer en Antropología Política? algunas consideraciones en torno a su docencia e investigación para América Latina

JOSÉ LUIS NÁJENSON

0. El fin de la Antropología Clásica: Una crisis de madurez

En la actualidad, como sucede con muchos otros términos hiperutilizados en la literatura científica, el de “Antropología” representa un concepto polisenso. Y es tan variada la gama de significación a él atribuida, que ni siquiera los mismos antropólogos lograríamos, en una eventual discusión, ponernos de acuerdo en cuanto a su esfera de objetos, problemática prioritaria, sentido o viabilidad de su constitución como ciencia. Menos todavía, respecto de las orientaciones teóricas y de los condicionamientos o implicaciones ideológico-políticas de cada enfoque y trabajo particular. Si bien es cierto que este desentendimiento ha sido una realidad casi constante en la corta historia de la antropología latinoamericana, pensamos que en nuestros días esas contradicciones se han agudizado, especialmente a nivel generacional, como reflejo de una situación crítica más inclusiva y a todos los niveles. Dicha situación, que no es privativa de la antropología sino común a las demás ciencias sociales y aun a la ciencia (si consideramos que en última instancia toda ciencia es ciencia del hombre, directa o indirectamente), está determinada por el deterioro estructural que afecta al modo de producción predominante —capitalista dependiente— en nuestras formaciones sociales y por el consiguiente efecto y sobre-efecto en las superestructuras vigentes, de las que la ciencia como tal forma parte.

Esa crisis, que para nosotros constituye una maduración en cuanto a la disciplina que nos preocupa, se manifiesta en lo que hemos querido llamar —parodiando un aserto de Engels¹ respecto de la filosofía— el “fin de la Antropología Clásica”. Pero previamente a intentar dicho planteo, se nos hace necesario explicitar, en breves párrafos, lo que entendemos por antropología clásica.

Con tal expresión hemos querido englobar la producción antropológica que no constituye una continuidad crítica ni un desarrollo acumulativo de los basamentos teóricos establecidos por los que —a nuestro juicio— pueden ser considerados como iniciadores de la antropología científica: Federico Engels (*Origen de la familia, de la propiedad y del Estado* y a través de él, Lewis Morgan, *La sociedad primitiva*). O sea, en resumidas cuentas, casi toda la antropología. Desde los difusionistas ortodoxos de la Escuela Heliolítica de Manchester, hasta los últimos epígonos del estructuralismo francés, pasando por el difusionismo alemán (Graebner y sucesores), por la corriente funcionalista inglesa y de ultramar (Malinowski, Radcliff Brown, Evans Pritchard, etcétera), por los psicoculturalistas norteamericanos (Linton, R. Benedict, Margaret Mead, etcétera) y aun por algunos de los “neoevolucionistas” como J. Stewart y L. White. Sólo quedarían fuera de la antropología clásica unos pocos autores que se aproximaron, en alguna medida, al pensamiento marxista, rescatando la tradición morganiana, como por ejemplo Gordon Childe; e indudablemente, muchos de los investigadores de la joven generación, entre los que no escasean los latinoamericanos (*verbi gratia* Bonfil Batalla, Eduardo Menéndez o Mario Benvenuto; considerando a este último, en gran medida, un antropólogo).

Esta distinción, que puede parecer inconoclasta, no desestima el aporte —innegablemente valioso— de considerable parte de la producción clásica en cuanto a información, refinamiento de las técnicas de relevamiento o rigurosidad de muchas descripciones de gran calidad y riqueza; pero pone de manifiesto una profunda disidencia teórica y una necesidad de replanteos y evaluaciones totales que constituyen, precisamente, uno de los indicadores más claros de la mencionada crisis de madurez.

Para nosotros, el fin de la antropología clásica implica un doble proceso de transición hacia la muerte: hacia la muerte teórica, es decir, el reemplazo de las “ideologías clásicas”² por una teoría científica alternativa; y hacia la muerte formal, o sea la desaparición paulatina de la antropología como disciplina independiente. Esta concepción de la “muerte de la antropología” no es una mera metáfora, hay suficientes evidencias de un verdadero síndrome de descomposición. Hasta ahora hemos hablado de la antropología general, en razón de una inclusividad formal que todavía subsiste en buena parte de las instituciones donde se realiza la práctica docente y de investigación, pero de hecho, se ha desarrollado bajo el predominio de la antropología clásica, y hasta hace apenas dos lustros, una tendencia creciente hacia la especialización y desintegración de los 3 subconjuntos tradicionales: Antropología Física, Prehistoria y Antropología-Social, uno de cuyos subproductos fue la Antropología Política. Esta

atomización disciplinaria tuvo su expresión equivalente en el interior de las otras ciencias sociales y en todas entre sí. Pero desde entonces se ha producido un giro en sentido contrario, hacia una presunta integración, hacia la formación de un nuevo *corpus* de ciencias de la conducta humana.³ Ello se debió a la convergencia en las esferas de objetos y metodologías de las disciplinas sociales, producto, en parte, de la especialización abusiva que no podía dar cuenta de una problemática social cada vez más compleja, y fundamentalmente, de los inicios de la crisis teórica a que hicimos referencia. Una clara manifestación de este hecho, lo constituye la intención generalizada de los llamados “estudios interdisciplinarios”, que no son sino estudios pluridisciplinarios afectados de un paralelismo irreversible, por la ausencia de una teoría integradora que no puede hallarse en el abanico ideológico de la antropología y de la ciencia social clásica. Como bien dicen los hermanos Cohn-Bendit: “El confusionismo de las ciencias sociales... se pone de manifiesto en la interdisciplinidad, tan de moda actualmente (*cf.* Althusser). La incertidumbre de todo especialista confrontándose con la de los demás especialistas, no puede dar otro resultado que las más absolutas trivialidades. Tras esta confusión, se encuentra una total ausencia, nunca subrayada, de estatuto teórico para la sociología y las ciencias humanísticas”.⁴

1. Premisas para una antropología de la transición

La solución del *impasse*, la superación definitiva de la “adolescencia antropológica” está —estuvo siempre —en otro lado; la vislumbramos en los siguientes términos:

- 1.0 Puesta en duda de toda la teoría antropológica en su conjunto y retorno crítico a los comienzos de su desarrollo como ciencia (Engels-Morgan).
- 1.1 Construcción de una teoría alternativa a la teoría antropológica clásica basada en el materialismo histórico, sin dogmatismos ni exégesis reiterativas, tratando de proveer un estatuto teórico para aquellos conjuntos de problemas, embrionariamente trabajados por los autores marxistas, que, en gran medida, pertenecen al campo formal de la antropología clásica (por ejemplo, las formaciones sociales precapitalistas, el modo de producción primitivo, el problema del lenguaje, de los mitos, de la “cultura”, de las ideologías como cosmovisiones, etcétera).⁵
- 1.2 Reconocimiento de la situación transicional y actuación en consecuencia, planteando criterios de prioridades de investigación y de docencia viables, que toquen las cuestiones más candentes y significativas según

la actual coyuntura ideológica y política, a nivel universal, latinoamericano y nacional.

- 1.3 Asumir la muerte formal —paulatina pero inevitable— de la antropología como disciplina particular, sin egoísmos cenaculares, y en combinación con otros científicos sociales que comparten las premisas antedichas, orientar los programas de actividades hacia la consecución futura de una sola ciencia del hombre, no ya falsamente interdisciplinaria sino adisciplinaria, cuya problemática común sea funcionalmente distribuida en énfasis según los criterios de prioridad mencionados.
- 1.4 Se trata pues, más que de configurar una nueva antropología “marxista”, de llevar la antropología al marxismo; de rescatar los aportes y aspectos diferenciales que todavía permanecen vigentes y entroncarlos al núcleo básico del materialismo histórico y dialéctico, enriqueciendo su campo de indagación para que puedan, al fin, ser explicados científicamente. Ésta es la tarea de la transición, antes que sea demasiado tarde.

2. *La antropología política, una atalaya privilegiada*

Todo lo que hemos planteado anteriormente respecto de la antropología en general, vale necesariamente para la antropología política que se constituyó, como lo hemos insinuado, en el proceso de especialización que implicó el desarrollo de la antropología clásica. No obstante, sus orígenes como indagación sistemática, muestran mucho más claramente que en otras parcialidades antropológicas su utilización como instrumento ideológico y práctico de las clases dominantes, para su legitimación como tales y la mantención de sus privilegios. La antropología política nace por la necesidad de las potencias coloniales de investigar las formas y estructuras de poder, la génesis del liderazgo, etcétera, de los grupos —generalmente tribales— que conformaban la base poblacional de sus posesiones. Posteriormente, las potencias imperialistas, readecuando y perfeccionando aquellos avances iniciales, los implementaron —aunque mucho más sutilmente— en los países subdesarrollados del tercer mundo, y de manera muy especial en Latinoamérica (En el fondo, el plan Camelot y otros proyectos menos afamados como el proyecto Perú-Cornell en Vicos, fueron estudios disimulados de antropología política aplicada). La instrumentación a nivel práctico de la antropología política, resulta pues, obvia; mucho menos transparente es su instrumentación ideológica. Ella se transmite a través de la exportación de teoría, es decir, en nuestros términos, de teoría antropológica-política “clásica”; cuyas concepciones de lo político se basan generalmente en supuestos de consenso, equilibrio, integración, como en toda la corriente “sistémica”⁸ o en la teoría de la “cultura política” de

Almond y Verba,⁷ donde el conflicto o no se plantea o se plantea en términos estáticos o idealistas, nunca en su dimensión materialista real, nunca dialécticamente. De esa manera, presentan una imagen irreal (ideológica) de la instancia política, que aliena y bloquea a muchos de nuestros investigadores y docentes en su visualización de proposiciones teóricas alternativas. Y ese largo desencuentro de la antropología (y por ende la antropología política) con el materialismo histórico, a pesar de su encuentro inicial, coadyuvó a cimentar la situación que venimos planteando acentuándose aún más en el caso de la antropología política.

Sin embargo, creemos que esta disciplina agónica —también en tránsito a la muerte como toda la antropología —constituye una atalaya privilegiada para comenzar, en la misma transición, el camino de la resurrección teórica que hemos mencionado anteriormente. Justamente en su difuso campo, pensamos, se encuentran los principales núcleos temáticos que replanteados, podrían conformar la mayoría de las prioridades problemáticas (docentes y de investigación) para toda la antropología, en este pasaje crucial. Consideramos que la antropología transicional debe ser, fundamentalmente, una antropología política. Juzgamos que esto es lo adecuado para la actual coyuntura ideológica y política latinoamericana donde la agudización de la lucha de clases a todos los niveles exige, de aquellos científicos sociales que pretenden ser intelectuales orgánicos⁸ de las clases trabajadoras, una reflexión sistemática sobre la esfera del poder político.

Y a los antropólogos, nos cabe un lugar en dicha reflexión. Ciertamente es que nuestra tarea será relativamente más difícil porque deberíamos no sólo reconstruir, sino crear, gran parte del andamiaje teórico; ya que las proposiciones existentes en la literatura marxista sobre nuestros problemas tradicionales (algunas de las cuales deberíamos rescatar en la transición) son generalmente macro-teóricas, y necesitaremos elaborar categorías a nivel meso-teórico, para poder dar cuenta de los eventos concretos. Pero estamos seguros de que la empresa merece la pena.

3. Proposición de criterios de prioridad para la antropología política latinoamericana.

De todo lo antedicho, podemos inferir y proponer los siguientes criterios para la formulación de núcleos temáticos y de problemas prioritarios que podrían orientar la docencia e investigación en América Latina:

- 3.0 (Criterio preliminar) Los mismos criterios deberían corresponder tanto a la tarea docente como de investigación, ya que éstos no pueden concebirse aisladamente, como a menudo acontecía y acontece, sino

complementariamente; máxime en la perspectiva teórico-metodológica que propugnamos, según la cual ambas formen parte de un mismo aparato de conocimiento que no sólo debe contribuir a explicar la sociedad “sino a transformarla”.

- 3.1 Suspender temporariamente, salvo aquellas estrictamente necesarias, las investigaciones descriptivas con recopilación masiva de datos —a menudo superfluos o no significativos— y su contraparte, la enseñanza que acumula información sobre el estudiante, excepto aquella imprescindible para lograr, por un lado, una reflexión crítica que permita complementar las premisas planteadas en el punto 1 (especialmente los ítems 1.1 y 1.2); y por otro, correlativamente, la confección y desarrollo de curricula docentes de tono altamente polémico que faciliten la mencionada reflexión crítica. Es decir, un énfasis en la investigación teórica, con cierto tipo de trabajos de campo (v.g.: breves estudios de casos de profundidad) solamente como apoyo logístico en esta etapa, en lugar de relevamientos extensivos de terreno de larga duración y un énfasis en los seminarios de participación intensiva, básicamente en torno a dichas investigaciones teóricas, más que cursos magistrales, al modo tradicional.
 - 3.2 Desarrollar periódica y sistemáticamente “prospecciones” (reconocimientos de terreno), de corta duración, con los equipos de investigación y los estudiantes, a diversos sitios —urbanos o rurales— donde se produzcan situaciones candentes o significativas para el análisis de la coyuntura política e ideológica (v.g. conflictos laborales, tomas de terrenos en poblaciones, levantamientos campesinos, etcétera) y programarlos en torno a técnicas de observación participante y en la medida de lo posible, “intervención participante”. Con el objeto de proporcionar experiencias vivenciales que, aparte de constituir micro-investigaciones en sí mismas —si son lo suficientemente planificadas— disminuyan la cerrazón propia del énfasis teórico y sus peligros metodológicos, y contribuyan además, a enriquecerlo y, en cierto modo, a ir probando tentativamente —en una interacción dialéctica— las mismas formulaciones de hipótesis, teorías y categorías analíticas que paralelamente se fueran gestando o discutiendo.
- Amén de ello, dichas intervenciones participantes, constituirían una de las formas de concretización del compromiso explícito en la condición de intelectual orgánico, a que hicimos referencia.
- 3.3 Tender a la preferencia (lo que no implica exclusividad) de núcleos temáticos y de problemas relativos al área latinoamericana —global, regional o nacionalmente considerada— dado que constituye el ambiente natural donde se desarrollará la práctica científico-política y

la práctica cotidiana en general. Esto no significa la desestimación de estudios o planteos comparativos con los centros hegemónicos o con el tercer mundo, sino al contrario, ni tampoco respecto del análisis de coyunturas internacionales; sólo que, en la medida de lo posible, debería intentarse realizarlas desde una mira latinoamericana como pivote de la comparación.

- 3.4 Plantear (lo que no significa ignorar otras cuestiones), los núcleos temáticos y de problemas acordes con la orientación manifiesta en las premisas, es decir, establecer una continuidad problemática crítica —constantemente renovada con las cuestiones fundamentales del materialismo histórico—; y visualizarlas en términos de sus categorías de análisis y sus supuestos epistemológicos, aun las neocategorías que fuese necesario elaborar, deben mantener esa coherencia con el parámetro teórico que hemos escogido.

4. *Sugerencias de algunos núcleos temáticos y problemas prioritarios*

Se plantean en base a los criterios recién expuestos, no sólo como ejemplificación, sino porque estamos convencidos de que todos ellos son realmente fundamentales y “urgentes”; la correspondencia que puedan evidenciar, con dichos criterios, en una prueba más de su prioridad. Los hemos subdividido orgánicamente en núcleos temáticos y problemáticos por razones de exposición y ordenamiento; los temas constituyen más amplios conjuntos integradores de contenidos y pueden incluir numerosos problemas, aunque para el caso hemos escogido los que consideramos más significativos.

Núcleos temáticos	Núcleos problemáticos
4.0 La “instancia política” en las formaciones sociales preclasistas.	4.0.1 Análisis de los enfoques y polémicas en torno al “límite” de la instancia política; examen de las posiciones “maximalistas” y “minimalistas”. 4.0.2 ¿Puede considerarse a los contextos de los “grupos etnográficos” más aislados, escasamente “aculturados”, como representando formaciones sociales preclasistas? 4.0.3 ¿Cuáles son las características básicas de la superestructura en dichas formaciones sociales? ¿Hasta qué punto es válida la distinción entre superestructura ideológica y política en esos casos? 4.0.4 Relaciones de parentesco y poder; poder y linaje; basamentos materiales sagrados del poder; magia y

Núcleos temáticos

Núcleos problemáticos

-
- | | |
|---|--|
| | liderazgo de los grupos etnográficos. |
| | 4.0.5 Revisión de literatura etnográfica sobre latinoamérica para el replanteo de los problemas en el sentido de lo expuesto anteriormente. |
| 4.1 El "modo de producción asiático" y las últimas civilizaciones precolombinas: examen de su adecuación en términos de las estructuras de poder. | 4.1.0 ¿Es viable su utilización para los contextos inca y azteca? (los únicos sobre los que tenemos documentación histórica junto a los datos arqueológicos); evaluación de las discusiones vigentes. Análisis exhaustivo de las formas y estructuras de poder.
4.1.1 ¿Es posible un análisis de clases en dichas civilizaciones?
4.1.2 Poder político, ejército y clero entre los aztecas e incas. El problema de los "comerciantes" de Tenochtitlan como posible clase emergente en el momento de la conquista hispánica. La nobleza como clase dominante y las limitaciones de su poder político en ambos casos.
4.1.3 El problema de la dominación en el <i>hinterland</i> y en las zonas liminares de ambos "imperios". |
| 4.2 Los orígenes del Estado y la nación. | 4.2.0 Análisis crítico de los diversos enfoques respecto de los orígenes del Estado y las naciones, y la significación de ambos conceptos; dificultades para su utilización como categorías analíticas. La teoría marxista del Estado y sus diferenciaciones en torno a la cuestión de los orígenes.
¿La "nación", es un fenómeno vinculado a los comienzos del capitalismo? Nación y clase social; el problema de las "naciones-clase" o "pueblos-clase".
4.2.1 Los movimientos de "liberación nacional" y el surgimiento del Estado en los países del Tercer Mundo que son o fueron colonias.
4.2.2 Los orígenes del nacionalismo como ideología de clase.
4.2.3 El surgimiento del Estado y la formación de las nacionalidades en América Latina. |
| 4.3 Las ideologías entendidas como "cosmovisiones" y las ideologías políticas en América Latina. | 4.3.0 Superestructura ideológica en general e ideologías políticas; examen de sus relaciones de intermediación.
4.3.1 Las ideologías dominantes en Amé- |

Núcleos temáticos

Núcleos problemáticos

-
- rica Latina y su proyección como ideologías políticas.
4.3.2 Las características de las contra-ideologías latinoamericanas.
-

Como podemos observar, los núcleos 4.0 y 4.1 “rescatan” algunos temas y problemas que formalmente estaban en el campo de la antropología clásica, mientras que los siguientes 4.2 y 4.3 proponen una apertura problemática que señala claramente el sentido de la transición planteada en los puntos anteriores.

Para terminar, creemos que muchas de las consideraciones que hemos vertido sobre esta “antropología política de urgencia”, pueden ser válidas para el resto de las ciencias sociales y contribuir, en alguna medida, a la búsqueda de los nuevos caminos que América Latina necesita frente al difícil dilema de qué enseñar y qué investigar en la actual coyuntura política e ideológica.

¹ Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana.

² “Ideología” en una de las acepciones verificables en Marx como falsa conciencia e inversión de la realidad.

³ Cf. Ralph Linton, *Cultura y Personalidad*, F.C.E. México, 1960.

⁴ Gabriel y Daniel Cohn-Bendit, *El izquierdismo, remedio a la enfermedad social del Comunismo*: Grijalbo, México 1969.

⁵ Ideologías en otra de las acepciones verificables en Marx, como concepción del mundo y de la vida.

⁶ David Easton, *Political anthropology*, en *Biennial Review of Anthropology*, Stanford, 1959.

⁷ Cf. Almond y Verba, *The Civic Culture*, Princeton University Press, 1963.

⁸ Intelectuales orgánicos, en el sentido dado por Antonio Gramsci. Cf. *La formación de los intelectuales*, Grijalbo, México. 1970.